

DEGENERACIONISMO Y FICCIÓN: DISCURSO CIENTÍFICO EN BENITO PÉREZ GALDÓS

RUBÉN DOMÍNGUEZ QUINTANA
Departamento de Ciencias de la Comunicación
Universidad Fernando Pessoa Canarias

Resumen

En su afán descriptivo y explicativo de la España de finales del siglo XIX, la novela naturalista recoge numerosos discursos que le servirán de herramientas narrativas entre los que el discurso científico y la literatura médica ocupan un lugar destacado. El degeneracionismo, el raquitismo, la herencia morbosa y la locura teñirán personajes y tramas novelescos en un trasvase continuo entre Ciencia y Literatura que este trabajo muestra en las novelas protagonizadas por Francisco Torquemada de Benito Pérez Galdós.

Abstract

Among the numerous discourses naturalist novel uses to depict and explain the Spain of the turn of the Nineteenth Century, scientific and medical discourse occupy a relevant position. Plots and characters are touched by degenerationism, rachitis, morbid heritage and madness in a continuous transfer between Science and Literature that this work shows in Benito Pérez Galdós tetralogy of Francisco Torquemada.

Palabras claves: Degeneracionismo, Raquitismo, Ciencia y Literatura, Naturalismo

Key words: Degenerationism, Rickets, Science and Literature, Naturalism.

Recibido el 10 de septiembre de 2020 — Aceptado el 23 de noviembre de 2020

<https://doi.org/10.29077.llull.44.88.XXdominguez>

LLFLL, VOL. 44 (N.º 88) 2021 - ISSN: 0210-8615, pp. 195-206

Los degenerados no son siempre criminales, prostituidos, anarquistas,
o locos declarados; son muchas veces escritores y artistas.

Fin de siglo
M. Nordau

1. INTRODUCCIÓN

En su ensayo sobre *El realismo y la novela providencial* [2006], Fredric Jameson se pregunta, entre otras cuestiones, el porqué de la insatisfacción que se puede experimentar ante ciertos desenlaces novelescos o cinematográficos. Tras barajar distintas teorías, el crítico estadounidense llega a la conclusión de que el final feliz constituye, en sí mismo, una categoría existencial antes que literaria y el final desgraciado cae del lado de la lógica. Un desenlace desventurado, por lo tanto, debe estar justificado por "la estética de la tragedia o [por] esa metafísica del fracaso que dominó la novela naturalista" [JAMESON, 2006, p. 11]. De este modo, lejos de llevarnos a realizar valoraciones impresionistas sobre el final de algunos personajes literarios decimonónicos, la agudeza del crítico de Ohio nos puede ayudar a entenderlos como ejemplos del principio del fin, como es el caso de la familia de Francisco Torquemada creada por Pérez Galdós en la tetralogía inaugurada en 1889 y acabada en 1895.

Los mecanismos literarios que el naturalismo pone en funcionamiento en las páginas de su creación novelística responden a una mirada condicionada por los diferentes discursos científicos, sociales y políticos del último tercio del siglo XIX. Tanto la novela como sus destinatarios se asientan sobre un conglomerado discursivo tan dispar como cambiante, reflejo de la inestabilidad política y del asimétrico desarrollo industrial, comercial y urbano del cambio de siglo. Estas constantes transformaciones, amplificadas por las corrientes científicas e ideológicas en boga, enfocan y escudriñan el entramado social español y se convierten en las lentes con las que leer los miedos y la ansiedad de una España obsesionada con formar ciudadanos perfectos. Se trata de una sociedad preocupada por ordenar los espacios y por regular las conductas, así como por controlar las consecuencias de todo aquello que escapa a los dispositivos morales, médicos y científicos diseñados para contenerlos.

Ese conglomerado discursivo es objeto de no pocos estudios sobre la producción galdosiana que, tangencial o profundamente, abordan los temas de raigambre científica que de una otra manera tiñen sus páginas y, como veremos, condicionan —cuando no determinan— a los personajes que la habitan. El excelente trabajo —y estrechamente relacionado con este estudio— publicado por la galdosista R. Davies [2017] que aborda la figura femenina en las novelas de Torquemada es una excelente muestra de la impronta del discurso científico en las páginas de Benito Pérez Galdós. Impagable resulta el volumen monotemático publicado por el galdosista británico, M. Stannard *Galdós and Medicine* [2015], amén de su valiosa contribución al X Congreso Internacional Galdosiano. A estos se deben sumar, en una suerte de injusta relación, el trabajo de López Piñero [2012], el centrado en el personaje femenino de Morros Mestres [2009] o el breve pero agudo estudio del médico L. Carlos Álvaro [2007] para llegar, así, a los ya clásicos trabajos de García Lisbona [1992] o el publicado por Rodríguez Acosta [1990]; si bien este enfoca más de cerca las enfermedades nerviosas.

Las tensiones que se derivan de ese cúmulo de transformaciones sociales, contradictorias y solapadas en la mayoría de los casos, se dejan notar especialmente en el cambio de siglo de modo que, en la sociedad finisecular del XIX, el degeneracionismo entra en escena para ofrecer una explicación satisfactoria y un cauce racional a los vertiginosos cambios sociales que no resultaban fáciles de asimilar. El propio Benito Pérez Galdós en su discurso de ingreso a la Real Academia Española en 1897, *La sociedad presente como materia novelable*, expresa su inquietud cuando trata de aproximarse críticamente a la sociedad española del momento con las siguientes palabras:

Examinando las condiciones del medio social en que vivimos como generador de la obra literaria, lo primero que se advierte en la muchedumbre a que pertenecemos es la relajación de todo principio de unidad. Las grandes y potentes energías de cohesión social no son ya lo que fueron; ni es tan fácil prever qué fuerzas sustituirán a las pérdidas en la dirección y gobierno de la familia humana [PÉREZ GALDOS, 2004, p. 108].

Esta reflexión sobre el presente y el futuro de lo que el novelista canario llama “la familia humana” destila una notoria incertidumbre causada por la falta de uniformidad que parece desorientar a Pérez Galdós y, con él a toda una sociedad. ¿Cuáles son las fuerzas perdidas en la dirección de la familia humana por las que se pregunta nuestro autor? Esta analogía familiar no es meramente casual pues entronca con la vertiente más social y urbana de la teoría degeneracionista y con su pariente lejano, el malthusianismo de finales del siglo XVIII. Ambas corrientes gozaron de una extensa difusión y una notable aceptación en toda Europa y están estrechamente ligadas a la publicación de la obra de Bénédicte Augustin Morel, *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés maladives* que, desde 1857 y apoyada en la metáfora del cuerpo individual y el cuerpo social, comienza a dar explicación a fenómenos médicos y sociales que hasta el momento carecían de ella.

Esta combinación de teorías facilita una aproximación con dos caras: fisiológica y médica, por un lado, y moral por el otro pues encajan, a su vez, en el gozne de la teoría sobre la herencia de Prosper Lucas y su *Traité philosophique et physiologique de l'hérédité Naturelle dans les états de santé et de maladie du système nerveux* [1847-1850]. Es esta una obra que, como bien apunta Rafael Huertas, además de influir de manera decisiva en los estudios de Charles Darwin, contribuirá a explicar “la heredabilidad no solo de los rasgos físicos sino también psíquicos y morales, así como la propia génesis de la enfermedad mental” [HUERTAS, 1987, p. 31]. Se implanta, de este modo, una etiología capaz de abarcar cualquier dolencia sin importar su naturaleza y que, a la par, identifica ley natural y ley social y redefine el paradigma de la normalidad. Es decir, nos encontramos con una nueva herramienta de control sobre los sujetos con el fin de preservar la salud del cuerpo social –de la familia humana– que entronca con las palabras de Pérez Galdós citadas más arriba.

El miedo malthusiano al pauperismo, el discurso degeneracionista y su obsesión por el empobrecimiento de la raza y el nuevo paradigma de normalidad llegan blandiendo la autoridad científica en una mano, y el interés social en la otra; y dejarán huellas indelebles en la narrativa naturalista de nuestro autor. No en vano, “it is also worth noting that what was

described was not the 'normal' but that which was construed as 'abnormal'" [Labanyi, 2000, p. 65]; justo el lugar que viene a ocupar un personaje como Francisco Torquemada al frente de su singular familia y de la tetralogía novelística que protagonizan.

Torquemada en la hoguera [1889] inaugura la tetralogía de este avaro y enfermizo prestamista, a quien ya conocíamos por sus negocios pecuniarios con doña Lupe "la de los Pavos" en *Fortunata y Jacinta* [1887]. Completan su serie *Torquemada en la cruz* [1893], un año después, *Torquemada en el Purgatorio* y *Torquemada y San Pedro* en 1895. Estas cuatro obras nos mostrarán a un peculiar personaje inmerso en turbios negocios y en una no menos turbia vida familiar. La atípica muerte de su primera esposa, que solo dejó como descendencia a la enfermiza Rufinita y a su hermano menor –cuyo fallecimiento prematuro se unió al del resto de la prole en un periodo de diez años– se unen a los notables signos de histeria de su segunda esposa, Fidela. Mercedora de un estudio aparte, Fidela será la madre de otro hijo más, llamado Valentín como el primero y dotado de unos rasgos físicos casi esperpénticos. Este segundo Valentín será el último descendiente de un linaje que representa la punta de un iceberg cuyo calado llega a las profundidades más oscuras del miedo degeneracionista, de las teorías hereditarias y de todo un aparato científico y narrativo que nos dará las claves para extraer de estas extraordinarias novelas de Pérez Galdós una lectura científica de inexploradas perspectivas.

2. ANTECEDENTES HEREDITARIOS (Y NOVELÍSTICOS)

Si atendemos a las palabras del afamado higienista y divulgador decimonónico Pedro Felipe Monlau, cuando afirma que "el heredamiento intelectual y psíquico es incuestionable. Las disposiciones morales, las particularidades de carácter y las facultades mentales que distinguieron al padre, se encuentran también en el hijo" [MONLAU, 1858, p. 455], entenderemos que durante el siglo XIX el traspaso de las facultades y los vicios de padres a hijos resulta un hecho incuestionable. Cobra fuerza la herencia de la enfermedad mental de los progenitores mediante la conjunción de la heredabilidad y la degeneración, las cuales abren el hueco necesario para que el discurso científico positivista acabe de definir 'lo normal'. Este paradigma, además, se verá coadyuvado por la impagable colaboración entre Bénédicte A. Morel y el inspirador del novelista Émile Zola, Claude Bernard, pues juntos establecerán una tipología de degeneraciones que, ya hacia 1885, Victor Magnan y Paul Maurice Legrain sistematizarán y ampliarán a la luz de los trabajos de Charles Darwin [CAMPOS, MARTÍNEZ y HUERTAS, 2000, p. 5].

Quedarán así establecidos los cuatro elementos fundamentales de la degeneración: la predisposición, los estigmas, el desequilibrio y, por último, los síndromes episódicos; aunque –como de manera inmejorable explica Rafael Huertas– serán las ideas evolucionistas provenientes de los trabajos del naturalista inglés Charles Darwin las que distinguirán el trabajo de Magnan y Legrain de los pioneros caminos abiertos por Morel [HUERTAS, 1987, p.50].

La aplicación de estas teorías exige "penetrar en el interior de las familias, las maneras de vivir de una localidad" [CAMPOS, MARTÍNEZ y HUERTAS, 2000, p.155] y controlar su higiene física y moral, ejercicio que Pérez Galdós realiza ya en obras como *Lo prohibido* [1885]. En ella, mediante el curioso personaje narrador en primera persona, llamado José María, nos sumergimos en el seno de la familia de los Bueno de Guzmán en la que todos sufren alguna patología cuyos síntomas nos traen ecos de las teorías degeneracionistas. Desórdenes nerviosos, ansiedad, miedo persistente e hipocondría son una pequeña muestra de las afecciones que el protagonista confiesa al lector nada más comenzar la novela [PÉREZ GALDÓS, 2008a, p. 32]; todos ellos calificados como "el mal del siglo" por su tío Rafael [PÉREZ GALDÓS, 2008a, pp. 32-33] quien – además– recalca el carácter hereditario de estos desórdenes con las siguientes palabras: "Recorre la historia de la familia en los individuos más cercanos, y verás como hay en ella una singularidad constitutiva que viene reproduciéndose de generación en generación" [PÉREZ GALDÓS, 2008a p. 33]. Esta reveladora confesión es tan llamativa como el hecho de que solo siete años más tarde viera la luz en España *El mal del siglo* [1892] de Max Nordau, originalmente publicada en 1887.

Azarosa o no, la relación entre las confesiones de don Rafael a su sobrino José María y el título de la obra de Nordau es digna de ser destacada ya que *El mal del siglo* deriva en un novelón dramático con pretensiones históricas en el que la trama y el protagonista son meras excusas para presentar, de manera programática, una visión de la vida moderna ansiosa y pesimista a partes iguales. Por sus páginas se filtra el determinismo más crudo: "la conclusión de todo esto es que vuestro yugo os es impuesto no por los hombres, sino por la naturaleza; la vida es dura y penosa; ninguna ley, ninguna organización política o social puede cambiarla" afirma el protagonista [NORDAU, 1892, pp. 188 -189] en una de sus muchas diatribas. Abona así Nordau un terreno discursivo cuyas arenas habían sido ya movidas por la polémica entre el positivismo y la tradición española, más aferrada a la moral e incapaz de desembarazarse por completo de su anclaje metafísico y religioso. Se trata, como el pensador José Luis Abellán apunta certeramente, de un momento en el que se pretende "aunar la especulación y la experiencia, superando, por un lado, el antiguo trascendentalismo metafísico y por otro, la estrechez del positivismo contemporáneo" [ABELLÁN, 1988, p. 91]. La herencia de la enfermedad, la ansiedad que ella acarrea y los miedos degeneracionistas en que desembocan son los mimbres de un entramado al que la novela decimonónica no es ajena y que cuaja en un determinismo fisiológico del que sus personajes rara vez pueden escapar.

No es casual que José María de Guzmán arranque su narración reviviendo sus achaques infantiles, aún presentes en la edad adulta, al instalarse en Madrid. Se trata de desórdenes nerviosos y físicos, como la falta de sueño y de apetito, que el personaje galdosiano atribuye a una "perturbación inexplicable que más parecía moral que física" [PÉREZ GALDÓS, 2008a p. 32]. Deja entrever, de esta manera, la herencia de las predisposiciones morales más arriba comentadas por Monlau y anuncia "el mal del siglo" que Miquis, el médico de confianza de la familia, diagnostica como "diátesis neuropática constitutiva en toda la humanidad" [PÉREZ GALDÓS, 2008a, p. 33]. Esto nos recuerda que el degeneracionismo transforma los problemas individuales en sociales, introduciendo la raza en la discusión y haciendo, así, una explicación

capaz de sintetizar una cuestión nacional que dista de ser resuelta. Ante este reto, la teoría degeneracionista y su somaticismo conseguían reducir enfermedades, como la locura, a la mera existencia de un cierto rasgo físico.

La irregular trayectoria de José María de Guzmán en el relato, el descontrol sobre su personalidad, desmedida y fluctuante, y el enamoramiento hacia sus primas Eloísa y Camila respectivamente [Pérez Galdós, 2008a, p. 79, 251], preñan esta historia galdosiana de detalles que no harían dudar al propio Nordau en calificar a esta familia como víctima de la degeneración. Tomemos como ejemplo el desgraciado y prematuro final del ahijado de José María de Guzmán:

Con quien yo no congeniaba era con mi ahijado, el más ruidoso y malhumorado cachorro que mamaba leche en el mundo. ... Era el tal de una robustez sospechosa, gordinflón, amoratado. No había equilibrio en aquella naturaleza, y su sangre, quizás viciada, se manifestaba en la epidermis con florescencias alarmanentes ... No debía de estar sano [PÉREZ GALDÓS, 2008a, pp. 176-177].

El pequeño Alejandrino reúne los estigmas que la teoría degeneracionista establece y morirá, además, bajo un síndrome episódico teñido de la más fina ironía galdosiana como si de la creación maldita de un dios se tratase pues "al sexto día Alejandrino fue atacado de horribles convulsiones y al séptimo una más fuerte se lo llevó" [PÉREZ GALDÓS, 2008a, p.198]. El primogénito de Camila es símbolo inequívoco de la enfermedad social que arranca en una familia víctima de "la flaqueza" y la "chifladura", pues, como le cuenta su tío a José María: "No han faltado en la raza tragedias lastimosas, ni enfermedades crónicas graves, ni los manicomios han carecido en sus listas del apellido que llevamos" [PÉREZ GALDÓS, 2008a, p.33]. La familia, ese micro-estado que recibía tantas atenciones médicas y esfuerzos científicos, se torna –también bajo la pluma de Nordau– en un organismo análogo al cuerpo social que Galdós menciona en su discurso de 1897. Fiel a su pesimismo antropológico e incidiendo en la dimensión nacional de estos problemas, el húngaro remacha

El desfallecimiento, no solo de una familia, sino de un pueblo, empieza con la preponderancia del egoísmo, señal infalible del agotamiento de la vitalidad en la especie; ... Cuando una raza o una nación han llegado al término de su carrera ... El espíritu de familia muere [NORDAU, 1892, p. 281].

Cuatro años antes de la publicación de *Lo Prohibido* nacía al mundo novelesco de Pérez Galdós Riquín, el hijo de Isidora Rufete y Joaquín Pez en *La Desheredada* [1881]. Este niño es fruto de las relaciones ilegítimas de una desigual pareja y también exhibe las señales de la degeneración que su deformación delata: "Es algo monstruoso; lo que llamamos un *macrocefalo*, es decir, que tiene la cabeza muy grande, deforme" [PÉREZ GALDÓS, 2007, p.209]; y que lo ubican del lado de la descendencia estigmatizada por el vicio de sus progenitores. Así lo confirma el propio doctor A. Miquis, recién graduado en medicina, exclamando: "¡Misterios de la herencia fisiológica!" [PÉREZ GALDÓS, 2007, p.209]. A tenor de la afirmación del joven médico y *alter ego* galdosiano¹, no albergamos duda alguna sobre la relación que guardan los síntomas de Riquín con la estirpe familiar de los Rufete, pues no debemos pasar por alto que su abuelo Tomás abre la novela perorando disparates imaginarios en el manicomio de Leganés [PÉREZ GALDÓS, 2007, p.23]. Son, así, los Rufete, un linaje no exento de señales inequívocas de degeneración que no impedían al último vástago de la

familia –aclara el irónico narrador– "erguir su cabezota con cierto aire de valentía como un hijo de Atlante" [PÉREZ GALDÓS, 2007, p.233].

3. TORQUEMADA - NIÑOS RAQUÍTICOS

Campos, Martínez y Huertas [2000] documentan la preocupación de los higienistas en el ocaso del siglo XIX sobre cuestiones relacionadas con el nacimiento de niños raquíticos y enclenques, con la disposición a contraer enfermedades o con la disminución progresiva de la talla, hechos todos atribuidos a la degeneración y a la herencia [2000, p.161]. Estas inquietudes científicas se filtran en la creación literaria de Pérez Galdós y empapan las novelas de don Francisco Torquemada citadas más arriba.

Resulta de una peculiar carga irónica que el propio Torquemada se declare positivista [PÉREZ GALDÓS, 2008b, p.55] y llegue a decir de sí mismo: "Yo soy muy dado a lo real, a lo verdadero, soy el realismo por excelencia" [PÉREZ GALDÓS, 2008e, p.552], puesto que acabará siendo el objeto de la escudriñadora mirada del narrador y del lector que presenciarán, a lo largo de su historia, el espectáculo de sus manías, de sus enfermedades y de su decadencia, como si de un caso clínico, digno de un anfiteatro universitario, se tratase. No en vano, el siempre agudo narrador galdosiano parece seguir al pie de la letra las cuatro manifestaciones del degeneracionismo establecidas por Magnan y Legrain cuando nos describe a Torquemada *el peor*.

En primer lugar se nos presentan los casi insolubles estigmas físicos y morales, como su color bilioso [PÉREZ GALDÓS, 2008b, p. 57], dando paso a una debilidad y afectación que acabarán minando su salud página a página, hasta que sabemos que

Su salud se resquebrajaba de un modo notorio, y la confianza en su fibra, que le había sostenido en las crisis hondas de su existencia, perdiase también, dando lugar al recelo continuo, a las aprensiones y manías patológicas, con algo de instintos de fuga y de delirio persecutorio [PÉREZ GALDÓS, 2008e, p. 519].

En segundo lugar, somos testigos de los desequilibrios que hacían del marqués de San Eloy un ser inestable y voluble, que alternaba ataques de rabia o de ira con "impulsos de correr hacia la pared más próxima y estrellarse contra ella" [PÉREZ GALDÓS, 2008b, p. 75]. En esta lista de síntomas de degeneración, los síndromes episódicos son el siguiente paso por lo que, entre ataques y vahídos, no podemos olvidar las inverosímiles, a la par que cómicas, alucinaciones en las que Torquemada habla con su difunto hijo Valentín [PÉREZ GALDÓS, 2008c, p. 165]. No obstante, resulta mucho más revelador el episodio experimentado por el prestamista al conocer la muerte de su primer hijo, Valentín, y que denota ciertos tintes epilépticos:

Dicho esto, cayó redondo al suelo, estiró una pierna, contrajo la otra y un brazo. Bailón, con toda su fuerza, no podía sujetarle, pues desarrollaba un vigor muscular inverosímil. Al propio tiempo soltaba de su fruncida boca un rugido feroz y espumarajos [PÉREZ GALDÓS, 2008c, p. 103].

En cuarto y último lugar, los médicos franceses establecen la predisposición como síntoma de degeneración que, si bien solo es conjeturable en las páginas que habita don Francisco,

marcará sin paliativos la existencia de sus hijos, ambos llamados Valentín, y pruebas vivientes del pilar fundamental de la teoría degeneracionista: la herencia.

Junto a estos cuatro principios, entrarán en liza otros factores que, no por hallarse aún confusos y poco establecidos en la España finisecular, dejarán de tener cierta influencia como la supuesta incurabilidad de algunas enfermedades ligadas a la inmoralidad del que la padece o la obsesiva observación de los rasgos físicos por parte de la frenología. Dentro de nuestras fronteras, los más entusiastas de las ideas degeneracionistas serán los alienistas y los partidarios de la higiene social; médicos como Juan Giné y Partagás o José María Esquerdo, a la sazón propietario del manicomio de Carabanchel y amigo personal de Galdós. Estos médicos recogen el testigo de las teorías morelianas, aunque siempre matizadas por la moral religiosa imperante en la España de la época. Todo ello no es óbice para que en 1889 –el mismo año que se edita la primera parte de las andanzas de nuestro Torquemada– J. M^a Esquerdo registre entre sus pacientes un caso de excitación maníaca de una mujer cuya prole estaba marcada "por el estigma de la degeneración vesánica" [CAMPOS, MARTÍNEZ y HUERTAS, 2000, p. 10].

La naturaleza se nos presenta como un camino de ida y vuelta entre el siempre temido atavismo y el medio social, que no termina de ser benefactor. Se trata de un tortuoso trayecto narrativo entre la salud y la enfermedad bajo una cruzada científica que anhela la pureza. Todo ello convierte la casa de Francisco Torquemada, con sus dramas médicos al frente, en ejemplo perfecto de la penetración social y cultural de las teorías hasta ahora comentadas, pues tras su puerta no solo se esconden los síntomas sufridos por el patriarca de la familia.

Valentín es el último hijo fruto del matrimonio entre don Francisco y doña Silvia. Esta primera esposa de Torquemada –recordemos– no gozó nunca de buena salud y acabó sus días víctima de un cólico miserere [PÉREZ GALDÓS, 2008b, p. 53], enfermedad que recibe su nombre del primer verso del salmo cincuenta de David, desde la Edad Media llamado salmo de la penitencia: "Miserere mei, Deus, secundum magna misericordia tuam"; una dolencia severa que cierra la luz intestinal y llega a causar el vómito de las heces [ACEA NEBRIL, 2001, p. 177]. Si además tenemos en cuenta que a "doña Silvia se le malograron más o menos prematuramente todas las criaturas intermedias, quedándole sólo la primera y la última" [PÉREZ GALDÓS, 2008b, p. 53], estaremos perfectamente informados de los antecedentes del pequeño Valentín y de su hermana primogénita, Rufinita.

Valentín será el elegido por Pérez Galdós para comenzar a desvelarnos, desde el discurso científico, el desesperanzador panorama del linaje de los Torquemada. El benjamín de la familia era "Espigadillo de cuerpo, tenía las piernas delgadas, pero de buena forma; la cabeza más grande de lo regular, con alguna deformidad en el cráneo" [PÉREZ GALDÓS, 2008b, p. 54] recordándonos, indefectiblemente, al pequeño Riquín de Isidora Rufete. Según el narrador, el niño parecía un viejo [PÉREZ GALDÓS, 2008b, p. 60] y, fiel a la herencia enfermiza legada por sus progenitores, caerá enfermo de lo que parece ser una meningitis aguda que lo puso "en peligro de muerte" [PÉREZ GALDÓS, 2008b, p. 68] hasta el punto de que la criatura "deliraba y quería echarse del lecho, revolviendo en torno los espantados ojos" [PÉREZ GALDÓS, 2008b, p. 74] como ya le ocurriera a su padre. El primer Valentín Torquemada y, una vez este fallece, el segundo hijo de nuestro protagonista, llamado Valentínico, darán

forma humana —y deforme— a los miedos degeneracionistas que arrancan en el bastardeo del individuo.

Las consecuencias de esta herencia enfermiza y degenerada también apuntan hacia profundas implicaciones económicas que la moral burguesa decimonónica tiene en cuenta y que no podemos dejar al margen en esta lectura. El apellido Torquemada, su casa, su fortuna y su adquirido título del marquesado de San Eloy se darán de bruces contra un futuro truncado por la enfermedad de Valentinico, único hijo de segundo matrimonio. El narrador desvela, a través de los sueños premonitorios de Fidela [PÉREZ GALDÓS, 2008c, p.157], la manera en que los funestos augurios irán haciéndose realidad en esta familia tocada por el degeneracionismo más canónico; arraigado en la tradicional creencia del influjo de la imaginación de la madre sobre el feto "hasta tal extremo de sellarle con las indelebles marcas de sus sentimientos, antojos, caprichos y pasiones" [VIGUERA 1827, p. 105]. Aunque dejemos las teorías oníricas al margen, la herencia morbosa coloca un prisma sobre Valentinico que la narración de Pérez Galdós no desaprovecha, provocando la estupefacción del lector al enfrentarse a una criatura cuyo parto requirió de cuatro médicos [PÉREZ GALDÓS, 2008d, p. 374-376] y que se arrastra, que debe ser sujetado por bridas y que "Berreaba, ... movía sus cuatro remos con animal deleite, echando babas de su boca, queriendo abrazarse al suelo y hociquear en él" [PÉREZ GALDÓS, 2008e, p. 470]. El heredero de San Eloy del Águila y Gravelinas aparenta, como su predecesor, total normalidad hasta que le acontece su primera enfermedad grave, tras la cual

El crecimiento de la cabeza se inició antes de los dos años, y poco después la longitud de las orejas y la torcedura de las piernas, con la repugnancia a mantenerse derecho sobre ellas. Los ojos quedáronse diminutos ... y fríos, parados, ... El pelo era lacio y de color enfermizo, como barbas de maíz [PÉREZ GALDÓS, 2008e, p. 471].

Los desmesurados esfuerzos y fantasías de nuestro prestamista por tener un nuevo Torquemada que borrara el dolor dejado por la pérdida del primer Valentín y que continuara su estirpe y su patrimonio, se tornan en ridículas ilusiones al contemplar —atónito— los episodios violentos, los mordiscos, los gritos, los llantos y los pataleos inexplicables del pequeño. Su anhelado heredero será una extraña decepción vital inclinada al vicio, pues también gustaba del vino [PÉREZ GALDÓS, 2008e, p. 472].

El mismo año de la publicación de esta tetralogía al completo, el higienista y divulgador José Blanc y Benet traduce al español la obra del afamado doctor en medicina Jules Comby, *El raquitismo* [1895], bajo cuya luz es posible observar que el último de los Torquemada reúne, no por mero azar, más de un síntoma de los que las teorías en boga establecían en el cuadro diagnóstico de esta enfermedad. Desconocemos si pudo el canario conocer la obra original de Comby, *Le Rachitisme* [1892], pero sí sabemos que en su biblioteca personal obraban las ediciones españolas, de 1885, del afamado J.B. Fonssagrives: *Higiene y saneamiento de las poblaciones y Tratado de la higiene de la infancia*, así como otros volúmenes sobre medicina, higiene pública y privada e incluso sobre la histeria [NUEZ, 1990, pp. 98-99].

Así, nos acerca Galdós a personajes marcados por la impronta de la herencia y el degeneracionismo con la ayuda de estos estudios científico divulgativos los cuales, no en

vano, dedican especial atención a la infancia pues en esta etapa es más fácil detectar las enfermedades para poder, de este modo, explicarlas e intentar atajarlas. En su texto Comby apunta que la masa encefálica de los raquíuticos

(cerebro y líquido cefaloraquídeo) es más voluminosa, a veces llega hasta la hidrocefalia. Por esta razón sin duda son tan frecuentes los espasmos laríngeos, las convulsiones [y] los trastornos intelectuales en los raquíuticos [COMBY, 1895, p. 94].

Ante estas inequívocas señales, podemos comprobar que el último descendiente del linaje de la casa de San Eloy encaja en los parámetros del raquitismo. Sin embargo, al inventario de síntomas del pequeño Valentinico debemos añadir –siempre siguiendo al médico francés– la observación de lesiones óseas ya que

los huesos del cráneo, de la pelvis, del tórax y la columna vertebral, presentan desviaciones, deformaciones, lesiones de superficie que dan a conocer la enfermedad [COMBY, 1895, p. 70],

debido a que todo está enfermo en el raquitismo [COMBY, 1895, p. 94]. Confluyen, de este modo, el discurso literario y el científico dando forma a una descendencia degenerada perfilada con la ayuda de las manifestaciones del raquitismo, cuya etiología otorga, a la postre, validez simbólica y literaria a una enfermedad aún vinculada a la sífilis, a la mala alimentación y a los problemas del sistema nervioso central [COMBY, 1895, p. 62-63].

4. CONCLUSIONES

Finalmente podemos constatar cómo las filtraciones de los discursos médicos acaban por empapar el relato literario, de modo que la enfermedad se erige como un dispositivo de conocimiento con miras a diversos fines, más allá de la literatura: la mejora y el control social, la depuración de la raza, la vigilancia de las nuevas generaciones, la pervivencia del capital y, consecuentemente, el diseño de políticas *ad hoc*. Todo ello torna más amargo e irónico –si cabe– el hecho novelístico de que Francisco Torquemada, marqués de San Eloy, diputado, declarado positivista y discípulo de la higiene [PÉREZ GALDÓS, 2008d, p. 319], no solo sea portador de cierto atavismo que lo lleva a la ruina física, sino que aloje en su propia casa a toda una saga abocada al más profundo fracaso existencial.

Alineada junto a los discursos más pesimistas que alimentan los miedos degeneracionistas, la saga del prestamista creado por Pérez Galdós y sus antecedentes literarios toman forma de catástrofe social. El suicida y maníaco cuñado de Torquemada –como si del propio Max Nordau se tratara– no puede ser más premonitorio:

"Si no viene pronto el cataclismo social, será porque Dios quiere que la sociedad se pudra lentamente, y se pulverice toda en basura para mayor fertilidad de la flora que vendrá después" [PÉREZ GALDÓS, 2008d, p. 400].

Las leyes naturales, reivindicadas por la ciencia, se imponen desde todos los rincones del texto como una fuerza alienadora e inquebrantable, el propio Torquemada la evoca como "la madre, la médica, la maestra y novia del hombre" [PÉREZ GALDÓS 2008e, p. 544]. Se trata, pues, de una naturaleza que modifica la existencia de los personajes retratados por el narrador

galdosiano a medida que sus vidas y sus patologías se funden, magistralmente, en símbolos del Naturalismo literario y en los ecos de las teorías degeneracionistas.

Merced al cruce de las coordenadas literarias y médicas podemos constatar el trasvase de discursos entre Ciencia y Literatura en la narrativa de Pérez Galdós. La herencia, el degeneracionismo, el raquitismo o la hipocondría se convierten en los hilos que mueven las novelas de Torquemada y transforman la enfermedad de mero hecho narrativo que acontece a los personajes, en el reflejo del pesimismo finisecular que busca dar una respuesta sensata —como reza el discurso de Pérez Galdós— a las extraviadas "fuerzas perdidas en la dirección y el gobierno de la familia humana" [PÉREZ GALDÓS, 2004, p. 108]. Será esta búsqueda constante en la realidad y en la novela, por lo tanto, la que adhiera la teoría degeneracionista al relato galdosiano y la que impregne con los ecos de su discurso el devenir de una creación que, como sus protagonistas, no escapa a los finales trágicos ni a los miedos ni a la ansiedad de una sociedad incapaz de reconocerse a sí misma en sus cambios constantes.

NOTAS

1. Personaje este cuasi ubicuo e inspirado en su amigo Manuel Tolosa Latour, afamado pediatra que ya se reconociera en su aparición en *La desheredada*. Véase SCHMIDT [1968, p.91].

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN GARCÍA, J.L. (1988) *Historia crítica del pensamiento español*. Madrid, Espasa Calpe.
- ACEA NEBRIL, B. (2001), "El cólico miserere (Miserere mei). Aportaciones sobre su etimología y características clínicas e hipótesis sobre su aparición en la literatura médica de los siglos XVII-XVIII". *Revista Española de Enfermedades Digestivas*, 93 (3), 176-80.
- CAMPOS MARÍN R., MARTÍNEZ PEREZ, J. y HUERTAS GARCÍA-ALEJO, R. (2000) *Los ilegales de la naturaleza, Medicina y Degeneracionismo en la España de la Restauración*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- COMBY J. (1895) *El raquitismo*. Trad. José Blanc i Benet, Barcelona, Espasa y Ca.
- HUERTAS GARCÍA-ALEJO, R. (1987) *Locura y degeneración: psiquiatría y sociedad en el positivismo francés*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- JAMESON, F. (2006) *El realismo y la novela providencial*. Madrid, Círculo de Bellas Artes.
- LABANYI, J. (2006) *Gender and modernization in the Spanish realist Novel*. Oxford/New York, Oxford University Press.
- MONLAU, P. F. (1858) *Higiene del matrimonio ó El libro de los casados*. Madrid, Rivadeneyra.
- NORDAU, M. (1892) *El mal del siglo* Trad. Nicolás Salmerón, Valencia, s.e.
- NUEZ CABALLERO, S. de la (1990) *Biblioteca y archivo de la casa museo Pérez Galdós*. Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria.
- PEREZ GALDÓS, B. (2004) *La sociedad presente como materia novelable. Discurso leído el día 7 de febrero de 1897 en el acto de su recepción pública en la Real Academia Española, y contestación de Marcelino*

- Menéndez y Pelayo*. Madrid, Biblioteca Nueva, Serie Discursos de ingreso en la Real Academia Española.
- PÉREZ GALDÓS, B. (2007) *La Desheredada*. Ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria.
- PÉREZ GALDÓS, B. (2008a) *Lo Prohibido*. Ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria.
- PÉREZ GALDÓS, B. (2008b) *Torquemada en la hoguera*. Ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria.
- PÉREZ GALDÓS, B. (2008c) *Torquemada en la cruz*. Ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria.
- PÉREZ GALDÓS, B. (2008d) *Torquemada en el purgatorio*. Ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria.
- PÉREZ GALDÓS, B. (2008e) *Torquemada y San Pedro*. Ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria.
- SCHMIDT, R. A. (1968) "Manuel Tolosa Latour: prototype of Augusto Miquis". *Anales galdosianos*, III (2005). Alicante, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, 91-93. < http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/anales-galdosianos--23/html/0254c9a6-82b2-11df-acc7-002185ce6064_68.html > [Consulta: 10-septiembre-2020].
- STANNARD, M. (2015). *Galdós and Medicine*. Pieterlen, Switzerland, Peter Lang AG - Internationaler Verlag der Wissenschaften.
- VÍGUERA, B. (1827) *La fisiología y patología de la mujer*. Madrid, Imprenta de Ortega y Compañía.